

A modo de crónica

«El Ave Azul».—Nada tan merecido como el éxito colosal que obtiene sucesivamente en Moscou, en Londres y en París la pieza de hechicería de Mauricio Maeterlinck *El Ave Azul*, en 6 actos y 12 cuadros. El elogio que se le tributa es unánime y de 1ª clase, y se aplica tanto al fondo de filosofía de la obra como á la belleza de su forma. *El Ave Azul* gusta á todo el mundo, sin distinciones de edad ni de sexo ni de saber. ¡Oh! La verdad, la buena y hermosa verdad, seduce siempre, sin requerir iniciaciones ni refinamientos! Esa pieza da á la juventud un ejemplo de lo que puede producir en el campo de las letras una existencia á la Maeterlinck, sana, armoniosamente arreglada, al aire y al sol! *El Ave Azul* es un cuento para niños, es un sueño de niños y conmueve hondamente á los filósofos viejos. Tylyl y Mytyl, los tiernos protagonistas, en su viaje alegórico en busca de la quimera de la felicidad absoluta, no corren las aventuras habituales de los cuentos de hadas: nada de ogros ni de hechiceras malvadas! Su viaje es una fábula ingenua, encantadoramente animada por todas las inquietudes y todos los ensueños que nos turban á los hombres. A través de las palabras de lindos chiquillos, entremezcladas con las voces de los animales, de los árboles y de las cosas, pues todo tiene boca en la fascinadora escena, se oye el eco de las verdades inmutables. Maeterlinck nos llama al buen juicio, de una manera primorosamente poética. Nos recuerda que la verdadera dicha está en nosotros, que la vida más modesta puede llenarse de innumerables y exquisitas pequeñas felicidades, que «siempre es domingo en cada casa cuando se abren bien los ojos».

La Luz, «que decididamente se ha puesto del lado del Hombre»; la Luz, que hace comprender el lenguaje del Perro y el del Gato y cuanto dicen los Árboles, el Fuego, el Agua, el Pan, la Leche y el Azúcar; la Luz, que hace ver la

verdadera cara de las que creemos felicidades (Felicidad-de-ser-rico, etc.) y permite descubrir las Dichas ciertas (la Dicha-de-estar-alentado, la Dicha-de-amar, la Dicha-del-cielo-azul, la Dicha-de-ser-justo, etc.); la Luz, que muestra los lazos que unen entre sí las diversas generaciones y cómo el Presente es hijo del Pasado y padre del Porvenir; la Luz, «que habla en cada rayo de luna que se esparce, en cada estrella que sonrío, en cada aurora que nace, en cada lámpara que se enciende, en cada pensamiento bueno y claro»; la Luz acompaña á Tylyl y Mytyl, los niños del leñador. Tomemos dos ó tres pasajes, á la suerte:

Acto III, Cuadro 4º — Llegan al Palacio de la Noche. La Noche los recibe con disgusto. Ella no comprende por qué el Hombre no le deja ya un minuto de reposo, después de haberle robado la 3ª parte de sus Misterios y haber asustado á sus Terrores y haber puesto en fuga á sus Espantos y enfermado á casi todas sus Enfermedades. Tylyl entreabre apenas las puertas de las diversas cavernas donde están todos los Males, todas las Plagas, todas las Catástrofes, todos los Secretos que afligen la vida desde el principio del mundo; pero la Noche le hace cerrar cada puerta con presteza y aun le prohíbe cariñosamente acercarse á la puerta del fondo, la puerta aquella «que nadie ha logrado abrir, ni el tanto de un cabello, sin perder para siempre la vida á la luz del día»... «Porque cuanto es dable imaginar de espantoso, de terrible y de horrible en la tierra, es nada en comparación del menor de los horrores que asaltan al hombre cuyo ojo roza siquiera las primeras amenazas del abismo al cual nadie se ha atrevido á dar un nombre.» Sólo una puerta es lícito abrir de par en par... Y aparecen las Estrellas, que se agrupan y desfilan en rondas deslumbradoras, mientras los Perfumes de la Noche, las Luciérnagas, el Rocío Transpa-